

La hija, el hijo, y la nieta de la Momia hallan difícil la convivencia con este extraño ser que no deja de burlarse de todo cuanto lo rodea. Una obra de teatro feroz, de escenas inesperadas.

El cumpleaños de la Momia

Eduardo Villegas Guevara

Facultad de Filosofía y Letras

Personajes por orden de aparición:

- La hija de la Momia.
- La nieta de la Momia.
- La protagonista que es la Momia.
- El hijo de la Momia.
- La sirvienta muda.

Lugar de la acción:

El autor de estos diálogos pide al centro de la escena un comedor cuyos muebles sean anticuados y que representen un uso desmesurado del buen gusto. Los demás muebles deberán ser voluminosos y con la apariencia de que durarán por siempre. Para el resto del espacio, muros, puertas y ventanas, salvo la puerta que es de color caoba, se sugiere que sea recubierto con tonalidades claras. En todo caso, el autor sólo exigiría que la vajilla que se menciona en la obra sea de cristal rojo.

PRIMER CUADRO

En el proscenio, al lado izquierdo, esperan La Hija y La Nieta; ambas están vestidas con ropas de colores claros. En el extremo derecho del proscenio, al iniciar el acto, viene entrando El Hijo empujando la silla de ruedas de La Momia. Las dos parejas se reúnen en el centro del proscenio.

LA MOMIA: Buenas noches, hija. Gracias por venir.

LA HIJA: Gracias por dejarme entrar a tu casa.

LA MOMIA: También es la tuya; puedes venir cuando quieras. Por otra parte, te agradezco que hayas traído a mi nieta.

LA NIETA: No podía faltar, abuela. Felicidades por tu cumpleaños. Tú sigues igual que siempre.

LA MOMIA: Con eso no me halagas; en el fondo quisiera verme diferente.

La Momia da una palmada y enseguida el telón comienza a

abrirse. El Hijo permanece quieto y nunca les dirige las palabras a las visitantes. Al abrirse el telón vemos el comedor de La Momia. Paredes blancas y sin adornos, con bastante iluminación. El comedor está bndido unos cuantos centímetros y en el fondo tiene una pequeña rampa por donde baja la silla de ruedas. Entra una sirvienta, vestida de negro y con delantal blanco, para preparar la mesa. A lo largo de los siguientes diálogos pondrá el mantel y la vajilla en un entrar y se constante, mientras l demás hablan en proscenio.

LA MOMIA: (A La Nieta) ¿Qué noticias traes ahora?

LA NIETA: No hubo ninguna novedad en mi vida.

LA MOMIA: No seas arisca. No pudieron pasar 365 días en vano.

Cuéntame, mientras terminan de poner la mesa.

LA NIETA: Lo que sucede es que no sé qué contarte. El país parece una serie de fotografías que se repiten una y otra vez. Las imágenes cambian cuando la mayoría de nosotros nos aburrimos del paisaje. Es fácil adivinar la noticia principal del día siguiente.

LA MOMIA: Esa es la sensación de los jóvenes, pero para nosotros que ya somos grandes...

LA NIETA: Viejos, diría yo.

LA MOMIA: Para nosotros que somos grandes y viejos, el día de mañana es realmente incierto. De todos modos me alegra que para ti no suceda nada.

LA HIJA: Al contrario, mamá; a los jóvenes les suceden muchas cosas, pero nunca nada definitivo.

LA MOMIA: O sea, que si me cortara un dedo por cada cambio en este país, mi mano no correría ningún peligro.

LA NIETA: Tampoco el *status quo* de este país corre riesgo. Los obreros o los estudiantes se manifiestan y las autoridades los apalean.

Las devaluaciones, a pesar de que lesionan el bienestar de los hogares, ya no asustan a la gente. Los partidos de oposición siempre están contentos y por eso la gente no cree en ellos.

LA MOMIA: Será posible que nadie pueda solucionar esto.

LA NIETA: Seguramente se puede. Pero la verdad es que a muy pocos les importa.

LA MOMIA: Entonces, ¿cómo es que estamos vivos?

LA NIETA: Porque nadie nos ha dicho la verdad, abuela. Cuando alguien lo haga, muchos nos descubriremos muertos.

LA MOMIA: ¿Hasta los jóvenes?

LA NIETA: Nosotros más que nadie. No sé cómo explicártelo, pero me siento más vieja que tú, abuela.

La sirvienta, después de poner la mesa, se coloca en una orilla de la puerta que comunica la cocina con el comedor. La vajilla, platos y copas, es de cristal rojo. Los cubiertos, por su parte, son de plata. Las sillas son de madera color caoba; dos a cada lado y al fondo los cubiertos de La Momia. La mesa se encuentra cubierta con un mantel blanco.

LA MOMIA: Pasemos a la mesa. Todo está dispuesto.

Las dos parejas se dirigen al comedor. Para llegar a sus lugares, La Momia y El Hijo entran por el lado izquierdo. La Hija y La Nieta entran por el derecho. Todos se aco-



modan en el comedor. La sirvienta comienza a servir.

LA MOMIA: Dicen que es de mala educación



hablar durante la comida, pero como es el único momento en que ustedes me acompañan, espero que me disculpen. (La Hija y La Nieta asienten con la cabeza). Estaría bien que me contaras algo de ti, hija.

LA HIJA: Mi vida también transcurre sin novedades.

LA MOMIA: (Le acaricia una mano) Eso es inexplicable; tienes una piel muy tersa.

LA HIJA: Es una piel a punto de avejentarse, que sólo me revela sucesos ya conocidos.

LA MOMIA: ¡Porque te son cotidianos! Si por mi carne pasara una brizna de tibieza, de las que seguramente te recorren, sería un acontecimiento.

LA NIETA: Sería el suceso del siglo, abuela. Pero ya estás vieja y la piel tersa es un milagro de la juventud.

LA MOMIA: Aún puedo tener una oportunidad. Sólo me considero una mujer madura.

LA NIETA: (Empuja hacia el centro su plato de sopa) Ay, abuela, tú ya no tienes nada de madura. Eso que llamas piel sólo será capaz de realizar el acto final de la carne: la putrefacción.

LA MOMIA: Se te olvida que hay cremas maravillosas.

LA NIETA: No, tampoco olvido que hay demasiadas mujeres tontas que las compran.

LA HIJA: (A La Nieta) No seas cruel con tu abuela. Bríndale un poco de respeto cuando menos en su cumpleaños. Además la comida merece un poco de tranquilidad.

LA MOMIA: (A La Hija) Nadie me está ofendiendo. Sólo estamos hablando con sinceridad: algo que siempre me ha gustado.

La sirvienta comienza a recoger los platos soperos de los comensales. El Hijo se dedica a mirar con peculiar atención a La Hija, pero continúa sin participar en la plática.

LA MOMIA: Oye, pequeña, ¿y qué fue de tu novio escritor?

LA NIETA: No lo sé, abuela. No soy portadora de malas noticias ni de buenas. Terminó nuestra relación y sobra decir que no extraño su presencia.

LA MOMIA: ¡Qué lástima! Recuerdo que escribía muy bonito.

LA NIETA: Me imagino que sigue escribiendo igual.

LA MOMIA: ¿Publicó aquel libro de poemas que pensaba dedicarte?

LA NIETA: No, abuela, nunca consiguió que una editorial se interesara en su trabajo. Sólo llegó a pintar sus poemas en las paredes. Por cierto, el último que me dedicó no me gustó nada. ¿Lo recuerdas, mamá?

LA HIJA: ¡Cómo olvidarlo! Tuvimos que pintar todo el zaguán.

LA MOMIA: (Al Hijo) Me gustaría poner una editorial y buscar a ese poeta para publicarle el libro que le de-

dicó a mi nieta. ¿Son buen negocio las editoriales? (El Hijo niega con la cabeza) ¡Qué lástima! Entonces no ponemos nada. (A La Hija) ¿Pueden recitarme ese poema que resultó inolvidable?

LA HIJA: Ay, mamá ¿por qué te interesan esas cosas?

LA MOMIA: No me interesan: pero tenemos que

actualmente ese poema es una escritura por la que muy pocos se interesan.

LA MOMIA: A propósito de los tiempos, he recordado algo que quiero mostrarte. (La Momia se introduce una mano dentro del pecho, y con la otra mano se ayuda a buscar en su sostén. Después saca un anillo de oro muy pequeño) ¿Recuerdas esto?

LA NIETA: Nunca voy a olvidarlo.

LA MOMIA: Quiero regresártelo. Este anillo te lo tragaste siendo niña y te sentamos en la bacinica cada vez que tenías ganas de hacer del baño, hasta que lo arrojaste. Tómallo.

LA NIETA: Sabes que eso no es posible.

LA MOMIA: Y ¿por qué no? Yo lo compré para regalártelo.

LA HIJA: Las cosas sólo se regalan una vez. No se puede obsequiar en dos ocasiones un mismo objeto. La primera vez, le exigiste que te lo regresara. Yo misma lo puse en tus manos de nuevo y le dije a mi hija que si lo recibía de nuevo, le escupiría la cara.

LA MOMIA: En ese caso mejor será que olvidemos el anillo también y que continuemos comiendo.

El Hijo se puso nervioso cuando La Momia sacó el pequeño anillo. Recobra la calma al saber que no lo aceptarán y se concentra en la comida. Es tanta su alegría que come ruidosamente. Las invitadas no pueden comer en medio del escándalo. Por fin viene la sirvienta y les recoge los platos sin que hayan probado el guisado. La Momia tampoco come, sólo juega con los cubiertos y observa a su Hijo que les impide comer; llena de alegría comienza a pujar.

platicar sobre algo mientras sirven el guisado. Así que me gustaría escuchar ese poema famoso.

LA HIJA: No era muy poético que digamos.

LA MOMIA: Y ¿desde cuándo sabes distinguir lo que es poético y lo que no lo es? Eso es una pérdida de tiempo, sobre todo tratándose de una hija mía. Por otra parte, no me importan tus juicios, sólo quiero escuchar ese poema.

LA NIETA: Dícelo, mamá; después de todo fueron las líneas más memorables que escribió.

LA MOMIA: Y se las dedicó a mi nieta.

LA HIJA: Está bien. Las letras eran grandes, pintadas con aerosol color negro, y decían: "Eres una grandísima puta, pero te amo".

LA MOMIA. A mí me parece sincero.

LA NIETA: Lo era, pero su eficacia sólo duró mientras fue novedad y toda la colonia se enteró. Pero, aunque los tiempos no cambian, la gente sí se aburre y



LA NIETA: ¿Por qué pujas, abuela?

LA MOMIA: Tengo un pedo atorado, creo.

LA NIETA: Déjalo en paz. Ya saldrá por su propia voluntad.

LA MOMIA: Quiero que los aires me obedezcan. Las momias deben controlarse a sí mismas. Un esfinter tan almidonado no pondrá en duda mi poder.

La sirvienta entra con una charola donde lleva la cafetera, las tazas y una portavianda con galletas. Después de acomodar las tazas, comienza a servirles café.

La Momia toma una galleta y la humedece en su taza de café. Cuando está a punto de comerla, decide arrojarla en la cara de La Hija.

LA MOMIA: Hijo, pásame las galletas.

EL HIJO: Aquí las tienes, madre.

La Momia toma una galleta y la humedece en su taza de café.

Cuando está a punto de comerla, decide arrojarla en la cara de La Hija.

LA HIJA: ¿Qué es esto?

LA MOMIA: Es mierda, creo.

LA HIJA: Ah, menos mal; es sólo galleta. Si puedes controlarte, mamá, ¿por qué no lo haces?

LA MOMIA: Sí puedo, pero no quiero.

LA NIETA: Ahora discúlpala tú, mamá; ya sabes que siempre pasa algo en la comida.

La Momia juega por un momento con su cuchara, pero al instante le arroja un extraño batidillo a La Nieta.

LA NIETA: Abuela, ¿qué es esto?

LA MOMIA: Es galleta, creo.

LA NIETA: (Revisando sus hombreras) ¡Mentirosa! (Se levanta de la silla total-

mente furiosa) ¡Esta sí es mierda! ¡Cómo te atreves a jugar con excremento en la mesa!

LA HIJA: ¡Contrólate, hija! Tu abuela no sabe lo que hace.

LA NIETA: Eso es lo que tú crees, pero ella nunca ha estado loca. No estoy dispuesta a tolerar humillaciones. Me voy: si gustas que te lleve a casa, te espero afuera.

La Nieta sale presurosa por el mismo sitio por donde entró y en la orilla del proscenio espera a su mamá.

LA HIJA: Siempre me he preguntado que será de ti, madre.

LA MOMIA: Te morirás esperando la respuesta, perra sarnosa. Desde hace mucho tiempo soy algo y lo seguiré siendo por los siglos. Nadie, ni tú ni este imbécil, tendrá tiempo para saberlo.

LA HIJA: Yo también me voy; debo cuidar mi salud mental.

LA MOMIA: ¡Ay, sí, salud mental! De seguro tienes la cabeza más agusanada del universo.

LA HIJA: (Al Hijo) Aunque no me diste la bienvenida, yo sí te digo adiós.

EL HIJO: (Sin alzar la vista) Vuelve cuando quieras.

El Hijo sigue comiendo muy quitado de la pena. La Hija sale en busca de La Nieta. Ambas se encuentran en la orilla del proscenio y juntas desaparecen.

EL HIJO: (Riendo a carcajadas) Creo que ahora sí es el fin.

LA MOMIA: No te hagas ilusiones.

EL HIJO: Pero ¡te cagaste delante de ellas!

LA MOMIA: Nunca nada acaba. Para que fuera el fin algo, debería tragarnos el vacío. Pero cuando el coraje o la pestilencia o cualquier otra relación de los humanos, se da en medio de una historia, todos los finales son el principio de algo.

EL HIJO: Pero cuando les arrojaste mierda en la cara, tuve la sensación de que las arrojabas al vacío.



LA MOMIA: Por ese detalle nadie cae al vacío. Así contemplarán la situación y ten la seguridad de que asistirán a mi próximo cumpleaños.

EL HIJO: Bueno, ¿puedo terminar de comer?

LA MOMIA: No, mejor llévame ahora mismo a la habitación.

EL HIJO: Tienes razón; debes descansar.

LA MOMIA: Sí, la momia debe descansar.

El Hijo se levanta de la mesa. Toma la silla de ruedas, para conducir a La Momia a su habitación. Cuando suben por la rampa del comedor, La Momia arroja un tenedor con fuerza hacia la puerta de la cocina.

EL HIJO: ¡No arrojes los cubiertos! Mejor ponlos en la mesa.

LA MOMIA: No quería dejarlos en la mesa. Quería ensartar a alguien, pero no escuché ningún grito. (Saliendo del comedor) Sin duda estoy fuera de condición. Debo seguir entrenando.

CUADRO SEGUNDO

El Hijo, empujando la silla de ruedas, entra a la habitación de La Momia.

EL HIJO: Estos días son inolvidables. Siempre que festejamos tu cumpleaños me siento feliz.

LA MOMIA: Esta vez mi cumpleaños cayó en un día maravilloso.

EL HIJO: Es cierto, mamá. La mayoría de tus rosales han floreado. Si gustas podemos ir al jardín a contemplarlos.

LA MOMIA: No, aquí encerrada estoy bien. No quisiera que las flores se marchitaran con mi mirada. ¡Que se marchiten por otra cosa!

EL HIJO: Tuvimos buen clima; el sol alumbró con fuerza.

LA MOMIA: Entonces, ¿por qué no has abierto la ventana?

EL HIJO: Tengo entendido que no te gusta la luz.

LA MOMIA: Detesto la luz, pero al sol sí lo aprecio.

EL HIJO: En ese caso abriré la ventana. Un poco de aire no le hará daño a la pieza.

LA MOMIA: Tampoco a mí. (Buscando la prenda debajo de su silla de ruedas) Me cubriré muy bien con mi chal.

El Hijo abre la ventana. Una luz azul penetra por encima de la cama hasta estrellarse en la otra pared. Enseguida de la luz, entra un fuerte viento, que arrastra polvo y papeles del suelo.

LA MOMIA: ¡Cierra esa maldita ventana!

EL HIJO: Lo haré, pero no tienes por qué gritarme.

LA MOMIA: ¡Claro que sí; me engañaste!

EL HIJO: A cualquiera se le olvida la hora.

LA MOMIA: Pues eso no debe suceder: te tengo aquí para que estés al corriente de lo que pasa: si no eres capaz de distinguir como está el clima afuera, tampoco lo serás para lo demás.

EL HIJO: Discúlpame.

LA MOMIA: Una disculpa no basta. Cada que olvidas algo me da miedo. Tus descuidos pueden permitir que alguien nos sorprenda y borren toda mi mugre.

EL HIJO: Si la mugre te hace falta, más mugre te daré.

El Hijo toma las hojas del periódico y las estruja como si estuviera maltratando a La Momia. Arroja por toda la habitación papeles y más papeles arrugados.

EL HIJO: Llenaré de basura tu pequeño mundo para que tu esqueleto se sienta menos solo al lado de los demás desperdicios. ¿Quieres más?



LA MOMIA: (Con infinita alegría) De momento es suficiente. Sólo quiero que enciendas el candil para ver toda esta suciedad que he procreado. Gastemos un poco de luz para ver mi sarcófago.

EL HIJO: (Cerca del interruptor) ¿Quieres luz? (Enciende el candil) Aquí tienes un poco de luz.

LA MOMIA: ¡Qué bueno que no te has llevado el candil! Es el único lujo que poseo. Deberías tener así de limpio mi cuarto. Pero me tienes en una pocilga. ¿Te imaginas lo que dicen mis visitas?

EL HIJO: Hace años que nadie viene a verte.

LA MOMIA: Por tu culpa. Tú corriste a todas mis amistades.

EL HIJO: Yo no alejé a nadie. Lo que pasa es que todas tus amistades ya están muertas.

LA MOMIA: Y los muertos tienen muchos compromisos que les impiden abandonar el cementerio para platicar con un vejestorio como yo.



EL HIJO: ¡Consuélate! ¡Ya nadie viene a despojarte de tu dinero!

LA MOMIA: Pero ahora me siento tan sola, que les pagaría para que me visitaran. Es una lástima que de tantos hijos que tuve, la mayoría se me hayan muerto.

EL HIJO: Mamá, sólo tuviste dos hijos y los dos estamos vivos.

LA MOMIA: Eso no es cierto. Oh, son tantos los productos de mi vientre que no sé cómo una momia puede parir tanto. Entre más vieja más hijos y casi todos muertos.

EL HIJO: No te pongas triste.

LA MOMIA: (Aterrada) ¿Un paseo? ¿A dónde?

EL HIJO: Por el cuarto; no sería capaz de sacarte a la calle. Además nunca tienes ganas de salir.

LA MOMIA: Oh, en ese caso acepto.



El Hijo pasea la silla de ruedas por el cuarto. La Momia comienza a reír conforme aumenta la velocidad. Un instante después los dos están riendo a carcajadas y corriendo por el cuarto. En medio del alborozo viene el accidente: se le zafa una llanta a la silla de ruedas y el viaje se interrumpe con brusquedad. Ambos caen al suelo. Después El Hijo se incorpora y cargándola en los brazos va y deposita a La Momia en la cama.

EL HIJO: Te dejaré sola, porque necesitas descansar.

LA MOMIA: Gracias por la fiesta. Espero estar viva el próximo año. Quizá entonces decida irme con mi hija.

EL HIJO: Desde hace tiempo aceptaste quedarte conmigo.

LA MOMIA: Pero en un año ya estaré harta de esta basura.

EL HIJO: ¿Y de mí también?

LA MOMIA: La palabra basura te incluye a ti. No soportaré que el polvo siga anidando en mis arrugas. Sé que mi hija vendrá a rescatarme.

EL HIJO: Nunca te rescatará, porque no es una heroína.

LA MOMIA: Dices que no vendrá porque la ofendiste. Pero ella comprenderá que la corrió un imbécil, al que sólo le importa tener los bolsillos llenos de billetes.

EL HIJO: Quizá su dignidad no haya sido pisoteada. En ese caso mantendrá su cariño hacia ti.

LA MOMIA: Mi hija siempre ha preferido a los seres humanos por sobre todas las cosas. Por eso, a lo largo del año recordará que tiene una madre y que ésta fue una mujer tierna.

EL HIJO: Pero ya no eres la mujer que ella conoció: ahora tienes la piel pegada a los huesos. Defecas a cualquier hora y te has contaminado de la pestilencia de tu mierda y de tus orines. Te has convertido en un gran estorbo: en una momia.

LA MOMIA: Y ¿piensas que me asusta la verdad?



EL HIJO: No, no quiero asustarte. Me interesa convencerte para que pierdas la esperanza de salir de esta casa. Por eso no me cansaré de repetirte que eres una pobre momia a la que cada año le festejo su cumpleaños.

LA MOMIA: Las momias somos unas reliquias, por eso mismo nos deben proteger. En cuanto a mi hija, segura estoy que el próximo año la tendremos por aquí y





me rescatará de esta tumba donde me has recluso.

EL HIJO: Bueno, madre, sólo quiero desearte feliz cumpleaños. Ojalá que el año que viene se te cumplan todos tus deseos.

LA MOMIA: Sólo deseo tener fuerzas para morir.

EL HIJO: Es un deseo muy noble de tu parte. Pero nadie escucha peticiones tan sinceras.

LA MOMIA: Algún día el dios de los deseos cumplidos se limpiará los oídos y todas las almas sucias quedarán limpias con una sola palabra: comprensión.

EL HIJO: Eso sólo es una nueva palabra.

LA MOMIA: Pero también puede ser una forma de vida. Si yo hubiese comprendido la forma de aligerar mi corazón, no me hubiera petrificado en tantos oropeles. Mi hija apenas tiene lo necesario y vive feliz. Y yo tengo tantas cosas que no comprendí.

EL HIJO: Y si no comprendiste ¿ahora qué te toca hacer?



LA MOMIA: Esperaré que transcurra un año más.

EL HIJO: Y por mientras ¿qué harás?

LA MOMIA: Aceptaré esta forma de vida, producto de mi equivocación.

EL HIJO: Bueno, en vista de que puedes permanecer tranquila, me marcho.

LA MOMIA: Por favor, hijo, no hagas tanto ruido al salir.

El Hijo se acerca al lugar donde cayó la silla al perder una llanta. Dobra la silla descompuesta y después recoge la rueda entre sus brazos y se dispone a salir. El Hijo sale sin responder. La Momia permanece quieta en la cama para comprobar que está sola. Después se levanta a poner una tranca en la puerta. Regresa con agilidad a la cama y comienza a brincotear. Luego busca la orilla de la cama para dar un brinco espectacular.

LA MOMIA: A solas con la basura. ¡Qué alegría! Unidas hasta la eternidad. ¡Qué alegría!

Cuando La Momia está dispuesta a dar el brinco, en ese momento el candil se apaga, como si sufriera un corto circuito. La Momia aúlla como loba malherida y se contrae de dolor.

LA MOMIA: ¡Oh, no: no hay esperanza para la luz!

Entre penumbras escuchamos su lamento final. Después la oscuridad devora totalmente su habitación y finalmente vendrá cayendo lentamente el telón, para finalizar la obra "El cumpleaños de La Momia" ©